

## LA PASIÓN DE SANTA EULALIA<sup>1</sup>

*Juan Gil*  
*Universidad de Sevilla*

El objeto de la Pasión, compuesta en el s. VII, fue presentar a la santa como la contrapartida femenina de San Tirso: paradigma de la espiritualidad femenina y espejo de monjas.

The main purpose of the Passion, written in the VII<sup>th</sup> century, was to present St. Eulalia as the feminine counterpart of St. Thyrusus: a paradigma of women's spirituality and an example for the nuns.

Cuando Prudencio compuso su cálido himno en honor de Santa Eulalia, ya se elevaba en la populosa Mérida del s. V un rico santuario bajo la advocación de la mártir, ante cuya tumba solían hacer ofrendas florales grupos de niños y niñas en ocasiones solemnes, y desde luego en la muy señalada de su aniversario. Así sueña la descripción del templo, compuesta en estrofas de hemípeos o trímetros dactílicos hipercatalécticos, que dan un ritmo muy alegre, danzarín y bullicioso:

*Hic ubi marmore perspicuo  
atria luminat alma nitor*

<sup>1</sup> Leí este trabajo en un simposio organizado en el Museo Nacional de Arte Romano de Mérida hace algunos años por el Prof. E. Sánchez Salor, a quien agradezco cordialmente su invitación a participar en el mismo. He respetado el texto original, que conserva a mi juicio alguna validez.

*et peregrinus et indigena,  
reliquias cineresque sacros  
seruat humus ueneranda sinu.  
Tecta corusca super rutilant  
de laquearibus aureolis,  
saxa caesa solum uariant,  
floribus ut rosulenta putes  
prata pubescere multimodis.*

“Aquí, donde con mármol cristalino alumbran el atrio santo resplandores tanto foráneos como indígenas, guarda en su seno la tierra veneranda sus restos y sagradas cenizas. Encima centellea el techo refulgente de artesonado de oro, y las piezas de mármol distinguen el suelo de modo que pensarías que se esponja un prado cubierto de rosas con multitud de flores” (*Perist.* 3.191-200).

Sin embargo, Prudencio, tan elocuente y locuaz a la hora de hablar de pompas y vanidades arquitectónicas, no dio muchos detalles sobre la tierna virgen a la que dedicó su himno. Era Eulalia una mocita de doce años, que ya de muy niña (*pusiolla* [20]) había mostrado con su seriedad extrema la intención decidida de no contraer matrimonio. Cuando se abatió la persecución de Maximiano sobre la cristiandad emeritense, su padre<sup>2</sup> quiso ocultarla en una finca lejos de la ciudad. Pero Eulalia se escapó de noche y, caminando y caminando campo a través, llegó a Mérida y se presentó ante el tribunal. La lengua suelta de la virgen irritó al pretor, que a regañadientes tuvo que condenar a muerte a aquella “niñita mal encarada” (*torua puellula* [103]) que, amén de rechazar sus propuestas y argumentos, tenía la desfachatez de escupirle a los ojos (127-28). Y así obtuvo Eulalia la palma del martirio, tras sufrir impávida que los verdugos desgarraran su pecho y su costado con garfios y la quemaran con teas encendidas. A su muerte salió una paloma de su boca y voló al cielo. Y otro milagro vino después a honrar a la santa: una nevada cubrió su cuerpo exangüe con su blanco sudario, cuyo fulgor era ya indicio bastante de que la mártir había sido recibida en el reino de los cielos.

La narración de Prudencio plantea multitud de interrogantes. No se sabe el nombre del padre de Eulalia, ni si era o no cristiano, ni las causas que tuvo para esconder a su hija, ya convertida a la fe de Cristo. Sobre la madre reina un silencio tan sorprendente como absoluto. Queda también sepultada en el olvido la catequesis de la santa, la personalidad de sus maestros, hasta el nombre del pretor inicu. Tampoco está más clara la causa primera del martirio, y se callan los esfuerzos de la familia por salvarla, que indudablemente los hubo. El himno de Prudencio prefiere iluminar sólo con el poderoso foco de la poesía la figura de la mártir, despreciando como hojarasca todo lo demás. No cabe duda de que el vate hizo bien,

<sup>2</sup> El texto dice *parens*, que algunos entienden como ‘madre’ (así Z. García Villada, *Historia eclesiástica de España* [Madrid 1929] I.1.283).

desde su punto de vista; pero dejó tras sí un pavoroso vacío, difícil de colmar para las generaciones venideras.

No obstante, a llenar ese silencio se aplicaron los fieles con afán, conforme crecía la veneración por la santa. En época visigoda algunas almas bienintencionadas intentaron aclarar las tinieblas que envolvían su vida. Así, un clérigo toledano, dispuesto a fantasear en torno a la pasión de Santa Leocadia, se creyó autorizado a fabular, favorecido por el mutismo de los siglos, que Eulalia había padecido martirio en tiempo del famoso y sanguinario Daciano<sup>3</sup>, que habría llevado así la más exquisita persecución que conoció jamás la Iglesia hispana; al menos, se trataba de una hipótesis lógica y que no dañaba a nadie.

Lo mismo hubo de pensar un desvergonzado falsificador que allá en el s. VII desdobló la santa emeritense y dio vida, no se sabe con qué motivo, a la Eulalia barcinonense. Cuenta esta pasión falsificada que Eulalia vivía con sus padres en un predio apartado de la ciudad, habiendo reunido en torno suyo una congregación de vírgenes. Enterada de la persecución de los cristianos, la noble doncella salió de la finca al primer canto del gallo, sin decir nada a nadie, se dirigió al foro y allí increpó a nuestro conocido Daciano. El intercambio de amenazas y respuestas dio el resultado de esperar: la condena, el suplicio (azotes, potro, teas ardiendo, cruz) y la muerte. Una paloma salió de la boca de la virgen, moribunda, y voló a los cielos; más tarde, un manto de nieve cubrió su cuerpo. Cuando los cristianos robaron sus restos, Félix la vio sonreír. La superchería apenas aporta nada nuevo a los datos ya conocidos de Prudencio: sólo el nombre del *praeses*, Daciano, y la aparición por ahora inexplicable de un hombre, Félix; asimismo la vida retirada de la santa en una finca extramuros es una novedad, cuyo origen veremos más tarde.

Y de repente, a mediados del s. VII se hizo la luz. Gracias al testimonio literario de su pasión, escrita sin duda en Mérida, sabemos, en efecto, quién guió los pasos espirituales de la santa: la instruyó el presbítero Donato, mientras que regía la sede metropolitana el *papas*<sup>4</sup> u obispo Liberio; y Liberio efectivamente suscribió como obispo de Mérida las actas del concilio de Elvira, celebrado a principios del s. IV<sup>5</sup>. En cuanto al *praeses* que gobernaba Mérida, el propio nombre oscuro, Calpurniano, que nos da la pasión es buena garantía de autenticidad, frente al famoso Daciano que hemos visto aparecer en la contrahechura barcinonense.

¿Hasta qué punto cabe decir que se han despejado las dudas? La Pasión tal y como hoy la conocemos es un texto muy tardío, y por lo tanto sujeto a fundadas dudas y sospechas. No obstante, hay indicios suficientes de que debió de ser reelaborada sobre un núcleo original de notable antigüedad. Así lo indica, p.e., la presencia de un judío en Mérida, presencia que resultaría inaudita en pleno s. VII, des-

<sup>3</sup> *PLeocadiae* 5 (p. 67).

<sup>4</sup> Esta palabra proviene verosímilmente de la Pasión de San Julián (55 [p. 140]) o de la de San Sebastián (87 [p. 171]).

<sup>5</sup> J. Vives-T. Marín-G. Martínez Díez, *Concilios visigóticos e hispano-romanos* (Barcelona-Madrid 1963) 1.

pués de la expulsión general de Sisebuto. La judería hubo de florecer, desde luego, a lo largo de la floreciente vía comercial que fue el camino Mértola/Évora/Mérida, tal y como indica otra pasión, la de Mancio; pero todo aquel auge pertenecía a un pasado ya remoto. Otro argumento más, que no me parece baladí, en pro de la datación temprana: nos cuenta la Pasión (4-5 [p. 69]), concordando en este caso con la vida barcinonense, que Eulalia se encontraba fuera de Mérida en el momento de estallar la persecución anticristiana; ahora bien, este aserto se halla en contradicción flagrante con la versión dada por Prudencio: ¿podemos creer que se iba a forjar una superchería que atentara gratuitamente contra lo dicho por el máximo poeta cristiano? Más bien esta variante parece remontar a tradición muy antigua, que casa mejor con las circunstancias: de no ser así, ¿cómo se iba a perder la ocasión de narrar la novelesca escapada de Eulalia aprovechando las tinieblas de la noche? Esta versión es también la que conoció la vida barcinonense. Asimismo en la réplica aparecía, según hemos visto, un Félix que ahora se convierte en una persona de sangre y hueso: en el *confessor* que dirigía la comunidad de vírgenes en Prontiano; y hasta se nos da el nombre de una de esas vírgenes: Julia, que acompañó a Eulalia hasta Mérida, aunque ésta puede ser una figura más tardía.

Por otra parte, la Pasión emeritense resiste bien los embates de algunas críticas poco afortunadas. Por ejemplo, Z. García Villada<sup>6</sup> ha señalado en el texto dos contradicciones que le resultan curiosas. Una es que Eulalia asegurase a su compañera Julia que iba a padecer ella la primera: “pero si las dos iban en el mismo carruaje, ¿cómo podía llegar una antes que otra?”. Sin embargo, en este caso el ilustre jesuita pecó de sagaz en demasía: Eulalia afirma que llegaría la última, puesto que en la cárcel emeritense se pudrían ya hacía tiempo los huesos de Liberio y los demás sacerdotes, mas efectivamente Donato y Félix sufrieron la muerte después que la niña; y así lo indica el propio Félix, figura que ahora cobra pleno sentido: “Tú, señora, fuiste la primera en merecer la palma del martirio” (*PE* 19 [p. 77]). La segunda es que Eulalia sufriera decalvación y después fuera llevada al suplicio por la cinta de su pelo; pero lo que dice el texto es que, sin duda para evitar que hablara, los sayones la condujeron “enfrenada utilizando su propia cabellera como bocado” (*pro como capillis suis suffrenata* 15 [p. 15]), cabellera que bien podía haber sido cortada previamente: de nuevo, pues, el buen padre Villada se equivoca en la interpretación del rebuscado texto. Y cuidado: en este punto concreto otra vez la Pasión enmienda la plana a Prudencio, que había dicho que la cabellera de la santa cubrió su desnudez durante el martirio; y otra vez suena a más auténtica y real la versión emeritense: la pena de la decalvación la conocía San Pablo (I Cor. 15.5-6) para la mujer que no velase su cabeza, y era el castigo humillante que imponía la antigua legislación visigoda a las siervas que ejercían la prostitución (*Lex Visigothorum* 3.4.17 [p. 157, 17ss.]), a los siervos y siervas homicidas y a los hombres libres cómplices de asesinato (*Lex* 6.5, 12, 15 ss.): a los reos

<sup>6</sup> *Historia* 1.1.287-288.

de rebelión también los hizo pasear en público Wamba tras haberles impuesto semejante condena.

Examinemos ahora un argumento de tipo lingüístico. La Pasión emeritense (9 [p. 71]) nos informa de que el juez mandó dar una azotaina a la niña, “pensando castigar el pudor de la virgen por la espalda, a la costumbre de los niños”, *iubet-que per officium curatoris eam catomari* (9 [p. 71]). El verbo *catomare* realmente es rarísimo, pues lo normal en la descripción de estos sangrientos lances martiriales que discurren entre cárceles y tormentos es emplear *catomis caedere*: en la Pasión de Pedro y Pablo se asegura que así se quiso que muriera Nerón: *ut publice catomis tamdiu cederetur, quousque... spiritum exhalaret* (34 [p. 293]); en la Pasión de San Román (11 [p. 21]) el prefecto Asclepiódoto ordenó que se hiciera lo mismo con un niño de la plaza: *leuetur puer in catomis*; el himno de Quírico emplea la misma expresión cantando a Eulalia de Barcelona:

*Haec enim caesa catomis sistitur eculeo*<sup>7</sup>.

En *catomari* pervive a mi juicio un resto del vocabulario más o menos rebuscado de la pasión primitiva. Ahora bien, ¿cuál es el significado de este verbo? El *ThLL* asegura que el más correcto *catomidiare* (*catomare* ni lo conoce) quiere decir ‘golpear a una persona que está inclinada sobre el hombro’ (“verberare aliquem super umerum inclinatum”), explicación extraña y alambicada, que quizá está en el origen de otras traducciones: “frapper, battre sur les épaules (ou en tenant suspendu sur les épaules d’un autre)” (Blaise); “être mis sur les épaules d’une autre personne pour subir une raclée” (Niemayer); ‘positio in qua alter de umeris alterius pendet’ (*Mittel-lateinisches Wörterbuch*). Con más tino José González de Salas concluyó que se trataba de un castigo “quod fieri solet à ludimagistris, quum in puerorum nates verbera infligunt, cervici alicujus ipsis adpensis pueris”<sup>8</sup>. La Pasión, en efecto, indica claramente que se trata de un castigo de niños, que eran cogidos en volandas y daban la espalda; esto es, *catomidiare* (y el sincopado *catomare*) no es ni más ni menos que ‘dar una azotaina en el trasero’. Es lo que se hace con el niño que exalta a Cristo durante el martirio de Román (Prud. *Perist. X* 696-97 = *ubi sanctus Cuiricus catomu lebatus est*, inscripción del foro romano citada por el *ThLL*):

*Vix haec profanus pusionem praecipit  
sublime tollant et manu pulsent nates.*

“Dicho esto, el malvado manda que alzen en volandas al niño y azoten sus nalgas con la mano”.

<sup>7</sup> Cl. Blume, *Hymnodia Gothica*, n<sup>o</sup> 116 (p. 167).

<sup>8</sup> *Titi Petronii Arbitri Satyricôn quae supersunt... curante Petro Burmanno* (Amsterdam<sup>2</sup> 1743) II, 271 a, trayendo a colación pasajes de la Pasión de San Vito y de la Pasión de Santa Afra.

Este *tollant* y *pulsent* equivale al *ubi sanctus Cuiricus catomu lebatus est* de la inscripción. De ahí que el castigo infantil supusiera una afrenta vergonzosa de ser inferido a hombres hechos y derechos. Los dos ejemplos que aparecen en latín clásico se ajustan a la explicación propuesta: Petron. 132 “recurre al castigo y llama a los criados y ordena que me azoten en el culo” (*ad ultionem decurrit uocatque cubicularios et me iubet catomidiari*); SHA, Spart. *Hadr.* 18.11 “ordenó que los que habían despilfarrado su hacienda recibieran en el anfiteatro una azotaina en el trasero y que se les dejara marchar” (*decoctores bonorum suorum... catomidiari in amphitheatro et dimitti iussit*). Son penas ridículas, pueriles, y por tanto más dolorosas: y así lo entendió Victor de Vita (1.28), cuando se escandalizó de que los sayones vándalos hubiesen dado una tunda de azotes en las posaderas al venerable anciano que era el obispo Tomás (*uenerabilem senem catomos ceciderunt*). He aquí, pues, cómo el texto emeritense nos ha permitido desentrañar el sentido originario de un vocablo cuya significación no parece que resultase muy claro a los latinistas más distinguidos<sup>9</sup>.

Queda en pie, por tanto, un núcleo antiguo y digno de crédito, si bien hay que reconocer que la reelaboración de la pasión en fecha tan tardía distorsionó algunos de estos datos primitivos. Un ejemplo, otra vez tomado del vocabulario arcaizante, aclarará la cuestión: el autor del s. VII no entendió aquello de *papas*, ‘obispo’, e introdujo un retoque disparatado para aclarar la palabra: “este padre tenía santa Eulalia” (*hunc beata Eulalia habebat patrem* 3 [IV p. 69]; traducción preferible a “a éste santa Eulalia lo tenía como padre”), como si *papas* equivaliera a *pater*.

Un último dato a tener en cuenta: la exposición de este puñado de datos fehacientes puede ocupar todo lo más media carilla. Ahora bien, la Pasión, rica en escenas típicas y prolija de detalles formularios, se extiende interminable durante páginas y páginas. ¿Cuál es el origen de tantas y tamañas florituras? Ya A. Fábrega Grau<sup>10</sup> indicó agudamente que parte de la fraseología empleada tenía ecos monásticos, añadiendo que pudo haber sido escrita “en o para un monasterio de vírgenes consagradas a Dios”. Partiendo de esta certera observación, vamos a ver a continuación cómo nuestro autor creó una Santa Eulalia nueva a imagen y semejanza de la mujer ideal de su tiempo, esto es, la que los círculos religiosos de entonces consideraron dechado de perfección femenina, que comprensiblemente no podía encarnar sino una monja. La transformación que experimentó así la mártir fue total y su figura se difuminó más todavía para entrar ya decididamente en la idealización literaria; idealización que hemos visto apuntar tímidamente en el engendro barcinonense.

<sup>9</sup> En un poema tan pagano, alegre y desenfadado como el *Cupido pendulus* de Rodrigo Caro se desliza una rarísima forma tardía *catamidiat* (v. 78). Caro usó el verbo de manera correcta (*uapulet... sic pendulus* v. 29 = *pendulum catamidiat* v. 78), pero empleando la forma equivocada *catamidiare*. Lo más notable es que su fuente no pudo ser el *Pasionario*, sino la *Historia Augusta* o Petronio. Me inclino a creer que Caro se basara en la interpretación dada al vocablo por González de Salas († 1651), aunque ignoro la forma en que pudo llegar a conocerla.

<sup>10</sup> *Pasionario hispánico* (Madrid 1953) I, 85-86.

Empieza por ser muy significativo que, atentando contra la historia<sup>11</sup>, el autor de la PE se imaginara a su heroína, una niña, como si fuese una monja, pues nos indica que la santa consagró su alma a Dios como *sanctimonialis puella* (3 [p. 68]), ‘doncella sagrada’: *sanctimonialis* es el término específico del que se va a extraer después por un falso corte de palabras la voz *monialis*, ‘monja’. En el momento de su martirio Eulalia, la de Mérida y la de Barcelona, siguiendo la pauta literaria de santa Inés (3 [p. 176]), tenía apenas trece años, que debía de ser más o menos la edad en la que se entraba en el convento. Era lógico: a los doce la niña pasaba a ser núbil, y los padres la procuraban casar muy pronto, antes en todo caso de cumplir los veinte, que marcaban ya el comienzo de la triste soltería. La misma edad, en consecuencia, habrían de tener las esposas de Cristo en el momento de su profesión. Recuérdese, a mayor abundamiento, que San Julián, otro santo popularísimo en Hispania, contrajo matrimonio a los dieciocho (*Pluliani* 5 [p. 120]).

Siguiendo las mismas coordenadas de la lógica religiosa, se nos pinta la vida de Eulalia como si transcurriese dulce y recoleta en el seno de una comunidad de vírgenes. Al dirigirse al martirio la santa iba acompañada de Julia, que era su *conuiginalis* (5 [p. 69]), palabra rarísima incluso para el raro latín visigodo: el *conuiginius* que aparece en inscripciones tardías se refiere siempre al ‘cónyuge’, otra innovación semántica en verdad sorprendente. Al dirigirse a Julia, Eulalia la llama *domina soror* (5 [p. 69]), ‘dueña hermana’: *soror* es la voz que a finales del s. VI había utilizado ya San Leandro como término habitual para designar a la monja; y todavía un convento de Sevilla se llama “de las Dueñas”. Otra *soror*, ésta innominada, es la que invitó a la futura mártir a pasar unos días en su campo de Prontiano “por mor de su santidad” (*pro affectu sanctimonie ipsius*).

Este último detalle, que antes he atribuido al núcleo primitivo, tiene su importancia. Indica, en efecto, que las monjitas de la época visigoda no pasaban su vida entera recluidas dentro de las cuatro paredes del convento, sino que de cuando en cuando emprendían un viaje en lentas carretas para visitar a otras hermanas de fe. Al menos, el autor de la pasión no tuvo ningún inconveniente en aceptar que Eulalia se desplazara con ese fin a Prontiano<sup>12</sup>, finca que se hallaba a unas 38 millas de Mérida, ya en la provincia de la Bética. Aunque el carro fuera conducido por un mulero, el viaje se solía hacer por precaución virginal en grupos de dos. De esta manera, como compañera de Eulalia, se explica la entrada en escena de esta Julia<sup>13</sup>,

<sup>11</sup> En efecto, según recuerda E. Sánchez Salor (*Jerarquías eclesiales y monacales en época visigoda* [Salamanca 1976] 232), “las alusiones a los monasterios de monjas son muchas menos y más tardías que aquéllas de los monasterios masculinos. En los textos de los siglos IV y V no hay ninguna referencia, ni siquiera indirecta, a monasterios femeninos”.

<sup>12</sup> Se suele corregir *Prontiano* en Ponciano o Porciano, buscando su identidad con el *Porceiana* del *Itinerario de Antonino* (cf. Z. García Villada, *Historia* 1 1, 287); pero una cosa es una finca y otra un lugar en el camino.

<sup>13</sup> Z. García Villada (*Historia* 1 1, 288-89) propuso que la mártir Julia del códice epternacense del martirologio jeronimiano procediera de una mala lectura del nombre Eulalia; es una hipótesis ingeniosa, pero deja sin explicar esta otra Julia de la Pasión.

fugaz personaje creado tal vez con la única intención de emparejar doncellas, como fue común en otros casos: al martirio fueron juntas Justa y Rufina, Inés y Emerenciana y, más tarde, Nunilón y Alodia.

La congregación femenina estaba regida entonces por un presbítero. Tal parece haber sido la responsabilidad que incumbía a Donato, el pedagogo de Eulalia, así como más tarde, en el rústico Prontiano, desempeñó ese papel Félix, el ya citado *confessor*: los dos personajes que van a sufrir martirio inmediatamente después de la santa. Además de los rudimentos de la fe, las monjas aprendían ante todo y sobre todo la virtud de la castidad, ensalzada como la gran victoria a obtener sobre el enemigo de la carne, el diablo, empeñado en entablar la guerra en nombre de la lujuria (cf. *Pluliani* 9 [p. 121]). Así se nos informa de que la santa, calificada a menudo de *pudica uirgo* (3 [p. 68]; 9 [p. 71]), vivía *castissime* (4 [p. 69]). La obsesión por la pudicicia (el *aureus pudor* cantado por Prudencio [*Perist.* 14.32-33]) es tal que se llega a tasar en estimación insólita su valor porcentual: el sexagésimo fruto lo da la virginidad, el centésimo el martirio (*PE* 20 [p. 78]), lo que vale a decir que con la castidad se tiene ganado el cielo en un sesenta por ciento: buen acicate para defenderla con uñas y dientes contra las mañas del diablo.

De todas maneras, alguna lectura piadosa debían tener aquellas tiernas monjitas, obligadas por sus rezos a saberse casi de memoria el salterio, las oraciones de rigor, los himnos. En efecto, y como no se le ocultaba el educador más lerdo, era menester cierto escape espiritual para entretener a unas niñas de trece años recluidas de por vida en el convento. Bien lo sabía nuestro autor, que propuso una solución inteligente para combatir el nocivo tedio, causante de la mortal acedia. En efecto, nos indica la Pasión que Eulalia, espejo de monjas, leía fervorosamente todos los días la pasión de San Tirso (12 [p. 73]). He aquí otro punto fundamental que arroja gran luz, según creo, sobre la mentalidad de los religiosos de aquel entonces y al mismo tiempo sobre el modelo a seguir que se proponía a las monjas del s. VII.

La Pasión de San Tirso, también tardía, es un texto largo y reiterativo, tedioso en consecuencia y tan repleto de lances inverosímiles como plagado de milagros estupendos. Tirso se enfrenta triunfante con los representantes del emperador, defensores acérrimos del paganismo oficial. Así planta cara en Apamía, Nicomedia y Cesarea primero a Cumbricio, después a Silvano y por último a Baudo: como se ve, el número tres conserva incólume su magia. La acción se encauza siempre por los mismos derroteros. Atruenan el aire las amenazas del prefecto de turno, atajadas por las respuestas firmes y decididas del mártir. La vana crueldad de los paganos inventa nuevos y refinados tormentos, mas todos los ardides y mañas gentílicas terminan indefectiblemente por volverse contra sus propios autores, no bien el santo pide la ayuda de Dios. Así, el plomo derretido que se vierte sobre el mártir alcanza a los verdugos, cuyos miembros se descomponen en el acto (§ 18); los que intentan lanzarlo al vacío caen ellos al precipicio (§ 41); los que lo azotan se extenuan en vano sin lograr hacerle daño (§ 55); una fiebre repentina consume a Cumbricio y a Silvano, cuyos cadáveres se niega a recibir la tierra en su seno



(§ 43 ss.), y la landre más pestífera y voraz acaba en un santiamén con Baudo (§ 67). Entremedias, los prodigios se suceden ante las risas y la mirada burlona del mártir: tiembla la tierra (§ 23) o se hiende en pavorosas grietas (§ 33), se abre milagrosamente la cárcel para que Tirso reciba el bautismo (§ 27), se rompen las cadenas que lo descoyuntan (§ 34), estalla el tanque de agua donde se pretende ahogarlo (§ 37), los propios ángeles abren el saco donde lo habían metido (§ 53), los leones y las bestias sueltas para devorarlo se comportan como ovejas (§ 57), se quiebran las estatuas de los falsos dioses (§ 61, 64) y los verdugos asierran inútilmente sus miembros durante dos horas (§ 66).

Aunque la pasión de Tirso es, como bien se ve, un texto disparatado y carente de una de las mayores virtudes cristianas, la caridad, su estructura responde sin embargo a los gustos de una audiencia poco letrada, deseosa ante todo de una clara y elemental distribución de papeles: el único requisito que se exige de la trama es que los buenos sean buenísimos y malísimos los malos. Además, y por supuesto, se pide acción, mucha acción: Tirso es una especie de *Rambo* del s. VII, un debelador implacable de Cumbricios, Silvanos y Baudos, un santón milagrero que muere sólo por exigencias del guión después de haber hecho estragos sin fin en las filas de los infieles, que bien merecido se tenían por sus muchas culpas ese final suyo tan desdichado como tremebundo y ejemplar.

La elección del santo no respondió a un capricho. El culto de San Tirso estaba arraigado sobre todo en la diócesis emeritense: en La Morera (cerca de Zafra) salió precisamente una inscripción tardía con una lista de reliquias, entre las que figuraban las de nuestro santo (*IHC 57, ICERV 328*); y en 1947 se descubrió en Mérida otra famosa inscripción en la que también se hablaba de reliquias de San Tirso, mencionado –y no por casualidad– después de Santa Eulalia (*ICERV 548*).

La vida y muerte de Santa Eulalia fue pensada y escrita, por consiguiente, en función de la religiosidad conventual, especialmente monjil. No podía ser de otra manera. El *Pasionario*, libro de lectura obligada durante la época visigoda, venía a hacer las veces de literatura de evasión al uso de religiosos adolescentes y aun maduros. Muchas escenas de las vidas de Santa Eugenia, de San Sebastián o de San Julián y Basilisa recuerdan los lances extravagantes de las novelas tardorromanas: en ellas los protagonistas se pasean disfrazados, su virtud es puesta a prueba en infinidad de lances morrocotudos y a veces se produce hasta el reconocimiento postrero por parte de los padres (la famosa *anagnórisis* de la comedia); para colmo, y a fin de que la simetría sea perfecta, la norma del género literario exige el final feliz, que en nuestro caso es la palma del martirio.

Literatura de evasión para un tiempo de crisis, en consecuencia. Mas igual función desempeñaron después los libros de caballerías que, por más que supieran guardar cierta dignidad literaria, devolvieron a la fórmula primitiva otro ingrediente fundamental, el sexo, preterido o censurado en los escritos monacales: bien mirada, una novela como el *Partinoplés* es en sustancia una sabia combinación de erotismo y acción, la fórmula mágica que aun hoy día cosecha buenos dividendos

en su estado más puro y duro: no es otro que el grosero pivote sobre el que se asientan las burdas películas de acción actuales, cuyo éxito consiste en primar y halagar los instintos más primarios del hombre.

Por lo tanto, cuando se propone como libro de cabecera una Pasión como la de San Tirso se está haciendo una clara apuesta por el tipo de religiosidad que se aspira a alcanzar. Bien nos podemos imaginar a las monjas –y a los monjes– asistiendo con embeleso a tal lectura, vibrando arrobados con los desplantes del mártir y entusiasmándose ante su gallardía inquebrantable. El género literario de la Pasión proponía como prototipo una especie de caballería a lo divino, con la que bien podía soñar la romántica fantasía de los religiosos más jóvenes así como enardecerse el decaído postramiento de los más ancianos. Aquí se pueden aplicar al pie de la letra las palabras que se leen en el prólogo de un martirio semejante.

“Vosotros, los que oís o leéis estas cosas, creed con nosotros que todo es posible para los creyentes... Os ruego que oigáis con atención cuán grande gloria sea abandonar el mundo y por la senda angosta hacerse seguidores de los santos, para que, al leer sus hechos, aprendáis que es cierto lo que la Verdad atestigua en el evangelio, diciendo: “Dichosos los que vieron y creyeron”. Nosotros escribimos lo que vimos con nuestros ojos, los hechos de los mártires, de lo que, según pensamos, algo de santidad nos vendrá; pero una gloria mejor os espera a vosotros, los que oís y creéis que el Señor puede cumplir en sus santos lo que sabéis que está aquí escrito”<sup>14</sup>.

Santa Eulalia se convierte de esta suerte en el contrapunto femenino de San Tirso, los ecos de cuya pasión laten con fuerza en las andanzas y peripecias de la niña. La estructura sigue la misma y viejísima pauta. Una y otra vez la adolescente es sometida a diversos suplicios, a cual más refinado y cruel: primero recibe una tunda de latigazos; después se la azota con varas verdes mojadas; a continuación se le aplica cal viva y más tarde se le vierte plomo derretido; se frota sus heridas con trozos de cerámica; se le queman las plantas de sus pies; se la mete en un horno ardiendo; se la pasea desnuda por la ciudad; se la descoyunta y por fin se la crucifica: un selecto catálogo de terrores.

Como se ve, sólo se pide acción, sangre y horripilancias; la verosimilitud poco importa. Se busca nada más que la ingenua satisfacción de ver el triunfo del mártir sobre todos los tormentos habidos y por haber, hasta sobre la muerte. Del aparato novelero de San Tirso, como ya se habrá advertido, proceden algunos de los milagros que acaecen en los atroces suplicios a que es sometida Santa Eulalia, como ese plomo derretido destinado a martirizar a los cristianos recalcitrantes a la idolatría y que finalmente castiga sólo a los verdugos:

<sup>14</sup> *Plutiani* 3 (p. 119).

“El prefecto Calpurniano dijo: ‘Llenad una tinaja de plomo y, una vez que esté hirviendo, traedlo ante ella y tendedla desnuda en un lecho de hierro. Y si se niega a sacrificar, vertedlo sobre su cuerpo’. Santa Eulalia... dijo: ‘Dios verdadero, ven a liberar a tu sierva; creo en efecto que Tú, que te apiadaste del bendito Tirso cuando era todavía gentil y lo convertiste a Ti, de la misma manera me convertirás a mí’. E inmediatamente se embotó el plomo, que abrasaba las manos de quienes lo sostenían, pero llegaba frío a santa Eulalia” (PE 12 [p. 73] = PT 17-18 [p. 206]).

La firmeza de los santos pasma a los perseguidores, que no dan crédito a sus ojos: no puede ser verdad tanta constancia en el suplicio, a no ser que sea fruto de oscuras artes de hechicería. La misma sospecha que pesó sobre otros mártires<sup>15</sup> se cierne sobre nuestros santos; tanto Tirso como Eulalia son acusados de practicar la magia:

“Calpurniano, como viese que su propósito no había dado resultado en los primeros azotes, dijo a santa Eulalia: ‘¿Que entereza es ésta, te pregunto, que consta que has conseguido con conjuros?’” (PE 10 [p. 72] = PT 37 [p. 211]; 42 [p. 212]; 49 [p. 214]).

Como la pureza del santo ha de prevalecer sobre la torpe sevicia del perseguidor, es natural que se repitan hasta la saciedad escenas y situaciones típicas y tópicas. También se reiteran frases y motivos. Así, Eulalia pronuncia palabras muy parecidas a las que salieron de boca de otros mártires en ocasiones similares. Dice Eulalia a Calpurniano: “Tus amenazas y tormentos no los temo en absoluto” (PE 18 [p. 76] *minas et supplicia tua non pertimesco*), remachando un anterior “no temo a tus amenazas” (PE 11 [p. 72] *non timeo minas tuas*). Son palabras que recuerdan a las que profiere Román: “No temo en absoluto tus amenazas” (PROmani 4 [p. 19] *minas tuas minime pertimesco*)<sup>16</sup>.

El modelo de Tirso hace de Eulalia un modelo de desparpajo y, en ocasiones, de descaro. Así vemos a la niña cubrir de insultos a Calpurniano nada más llegar a Mérida (PE 7 [p. 70]), y sostener con él nada más verlo una durísima conversación:

“‘¿Por qué entras en la ciudad, enemigo del Dios de los cielos? ¿A qué persigues a los cristianos y te esfuerzas en perder a las vírgenes de Dios? El Señor me enseñó en su verdad, y no me arrebatarás mi castidad, porque no seducirás mi adolescencia’. El prefecto Calpurniano respondió: ‘Niñita, ¿buscas perder la

<sup>15</sup> De magia fueron acusados Acisco y Victoria (9 [p. 15]; 13 [p. 16]), Romano (10 [p. 21]), Clemente (10 [p. 43]), Facundo y Primitivo (13 [p. 52]), Eugenia (35 [p. 95], 39 [p. 97]), San Julián (22 [p. 128], 27, 28 [p. 130], 33 [p. 132], 39 [p. 134], 55 [p. 140]), Sebastián (97 [p. 174]), Inés (6 [p. 177], 8, 11 [p. 178], 16 [p. 179], 20 [p. 180]).

<sup>16</sup> Z. García Villada (*Historia I* 1, p. 298 n° 1) acepta, siguiendo al P. Moretus, que sea un reflejo de la *PVincentii* 6, *Minas tuas et supplicia non metuentes*; me parece clara la fuente de la imitación.

flor de tu edad<sup>17</sup> antes de crecer?’ Santa Eulalia replicó: ‘Tengo cerca de trece años. ¿Piensas que puedes meter miedo a mi niñez con tus terrores? Me basta esta vida transitoria; y como no me deleitan los halagos de la vida terrenal, espero otra vida en el futuro llena de dicha, en la que seré más feliz que en ésta por la gracia de Dios’. Dijo el prefecto Calpurniano: ‘No te seduzca, desdichada, esa vanidad. Acércate y sacrifica a los dioses acatando la orden imperial, para que puedas escapar al tormento y alcanzar honores y merecer un rico partido’. Santa Eulalia le respondió: ‘Tengo un esposo rico e inmortal, Cristo, que te perderá a ti y a los tuyos y a tu padre el diablo, que se llama Satanás’” (8 [pp. 70-71]).

El mismo tono y la misma acritud campea en el resto de la pasión. Una y otra vez Calpurniano se entenece viendo la tierna edad de su rival y siente compasión de la niña testaruda:

“Considera tu infancia, mírate a ti misma y apiádate de ti; ve y sacrifica para poder vivir (8 [p. 71]). Vela por ti; aproxímate [al altar] e inmolá a los dioses y apartate de las obras de la muerte (9 [p. 71]). Mucho me conmueves y me apiado todavía de tu niñez (11 [p. 72]). Desdichada, cuida por ti misma antes de morir y sacrifica a los dioses (13 [p. 73])”.

Pero una y otra vez Eulalia rechaza displicente las advertencias de su enemigo. Ante las manifestaciones de misericordia de Calpurniano, hombre de algunas entrañas, exclama la niña: “Que se apiade de mí el Señor; ¿pues tu piedad cuál es, maldito?” (11 [p. 72]). Y no contenta con haberlo cubierto de insultos, aún profiere duras amenazas contra el prefecto: “A ti te dará muerte el fuego eterno, igual que tú determinaste dar muerte a la doncella de Dios” (11 [p. 73]). Antes de expirar le espeta a Calpurniano: “Graba mi rostro en tu mente, para que, cuando nos presentemos en el día del juicio ante el tribunal de mi Señor Jesucristo, lo reconozcas entonces y recibas el castigo que merecen tus culpas” (16 [p. 76]): emplazamiento tremendo que hizo –cuenta la Pasión– que muchos paganos, aterrados y compungidos, abandonaran el culto de sus vanos ídolos y creyeran en el verdadero Dios.

Antes que Calpurniano había tratado de evitar el martirio un judío, sin que su recomendación tuviera más éxito: el judío sale a escena para que resplandezca con más brillo todavía la virtud de Eulalia; y no deja de ser significativo que se hiciera coincidir en sus términos las amonestaciones del hebreo y Calpurniano, pues la misma frase “Ve, pon incienso para que puedas vivir” (*Vade, turifica, ut uiuere possis*) se pone en boca de uno y otro (PE 6 [p. 70]; 8 [p. 71]). Esta coincidencia prueba que, a fin de cuentas, para el visigodo venía a ser lo mismo un judío y un pagano, dado que los dos estaban condenados a tostarse en las llamas del Infierno. De ahí el interés en mostrar a ambos tentando a Eulalia por turno, tratando de hacerla desistir de su propósito martirial. Pero curiosamente la figura del judío

<sup>17</sup> Se trata de un eco de *PEugeniae* 17 (p. 89): *Quid... florem perdis gratissime iuuentutis?*, y no de *PVincentii*, 11 *ne florem perdas nunc primum uernantis aetatis*, como piensa el P. Moretus y con él Z. García Villada (*Historia* I 1, 298 n. 1).

atrae nuestra simpatía, y hasta se produce un milagro para doblegar la “dureza de su corazón”; previsiblemente, sin fruto alguno.

La cristiandad del s. VII no admite componendas; para su gusto, en el pecho de una mártir no puede anidar compasión alguna por el enemigo pagano, ante quien sólo cabe el rechazo más tajante y despiadado. Y en esta secuencia de nuevo se vuelve a imitar a la pasión de Tirso. Si el héroe martirial había dicho “He maldecido y maldigo a Asclepio” (*Asclippium... et maledixi et maledico* [PT 49, p. 214]), por dos veces repite Eulalia: “ha maldecido y maldigo a vuestros reyes con vuestros dioses” (*reges uestros cum diis suis maledixi et maledico* PE 10 [p. 72]), remachando lo que antes se había indicado: que “con constancia y firmeza maldecía al rey y al César con sus dioses” (*constanter et fortiter maledicebat regem et cesarem cum diis eorum* PE 9 [p. 71]). Resulta en verdad extremosa la terca invectiva de Eulalia, que involucra en sus maldiciones injustamente al poder terreno cuando había sido el propio Cristo quien estableciera la nítida separación entre el poder del César y el de Dios.

Henos aquí, pues, con una Eulalia contrahechura de Tirso. La niña, “mayor que sus fuerzas” (*maior facta uiribus* PE 7 [p. 70]), acomete sin vacilar una empresa viril (*officium uirile* 5 [p. 69]) como es la lucha a brazo partido con Calpurniano. Este ánimo varonil que muestran las santas –tal Águeda<sup>18</sup>– había hecho que a veces llegaran a disfrazarse de hombres, como la bella y estrafalaria Eugenia, que llegó a ser abad de un monasterio (cf. *PEugeniae* 11 [p. 87]), ya que “incluso las hembras, sujetas al temor de Dios, alcanzan dignidad de hombres” y es “digno de alabanza que por amor a la virtud el sexo débil imite la gloria viril” (*PEugeniae* 25 [pp. 91 y 92]); pero Eulalia es demasiado pequeña y frágil para hacerle adoptar atuendos masculinos. Aun así, para reforzar el paralelo de la niña con el mártir se buscan coincidencias varias en otros detalles nimios. A Tirso y a sus jueces los conduce a la ciudad un carro: “se apresura el mulero con veloz carrera” (*festinat mulio cursu ueloci* PT 44 [p. 44]); a su vez, es Santa Eulalia la que mete prisa a su coche-ro para llegar cuanto antes a Mérida: “urgía al propio mulero para acelerar el paso del carro, presurosa con toda valentía” (*ipsum urgebat mulionem in uelocitate uehiculi omni animositate festinans* PE 5 [p. 69]).

Las cualidades que destacan en Eulalia –las que por tanto exige la sociedad a las monjitas visigodas– son la constancia y la firmeza en la fe, sí, pero ante todo la castidad. “No me arrebatrás la castidad”, le advierte la santa a Calpurniano (8 [p. 70]). Y más adelante le advierte, cuando los suplicios comienzan a descubrir su cuerpo: “¿Que te aprovecha, desgraciado, el haber tratado de desnudar mi honestidad con tu orden fatua? Tienes ciertamente mi cuerpo bajo tu poder; pero mi alma no la puede tener sino sólo Dios, que es quien me la dio” (9 [p. 72]). Con amenazas contra su pudor la intenta ablandar Calpurniano al dictar la última sentencia:

<sup>18</sup> Así da la santa las gracias a Dios: *Domine, qui... fecisti me in iuuentute uiriliter agere* (*PAgathae* 17 [p. 224]).

“que sea paseada en público habiendo sufrido decalvación y con la túnica abierta, para que quede al aire su virginidad” (15 [p. 75]). Mas estas truculencias no mueven lo más mínimo el ánimo de la mártir, cuya gallardía imperturbable nos depara una última sorpresa: Eulalia, “cuando llegó al lugar de la pasión, se despojó de sus vestidos con sus propias manos y se los entregó a los sayones. Se quedó sólo con unas bragas en aras del pudor para ocultar su feminidad” (16 [p. 75]). En definitiva, Eulalia guardó el precepto dado por Santa Eugenia: “por nada hay que esforzarse más que por vivir virgen o morir por la virginidad” (*PEugeniae* 34 [p. 94]); o el de santa Basilisa: “no hay alabanza mejor que lograr la vida eterna observando la castidad” (*PIuliani*, 9 [p. 122]).

Esta castidad es tanto más de admirar cuanto más destaca Eulalia por su hermosura, en la que se insiste varias veces, evidentemente por ser un manido tópico del santoral. Los habitantes de Mérida están enamorados de su santidad y belleza (7 [p. 70]), pero en frase que está calcada al pie de la letra de la pasión de San Julián: cf. *PIuliani* 22 (p. 128) “para ver a Julián, en cuyo amor estaban prendados, luchar con el diablo” (*ut Iulianum, in cuius amore pendebant, uiderent cum diabolo dimicantem*) = PE 7 (p. 70): “para ver a Eulalia, en cuyo amor estaban prendados, luchar con el gobernador” *ut in cuius amore pendebant... uiderent cum preside dimicantem*; la única diferencia es que se sustituye al diablo por el gobernador, buena prueba del aprecio que la literatura santoral tenía a los gobernadores gentiles. Hasta el propio Calpurniano se admira de su lindo palmito (9 [p. 71]), de modo que piensa que cederá ante los tormentos por temor a ver ajado su cuerpo (9 [p. 71]), y hasta el último momento no deja de acariciar la esperanza de que Eulalia sintiera miedo ante la deformidad y rehuyera el martirio (15 [p. 75]). Y es precisamente la gracia divina la que viene a paliar los horrores del suplicio, cubriendo, como se recordará, el cadáver de Eulalia con una capa de nieve (18 [p. 77]).

Otro rasgo típico es, por último, la noble cuna del santo. Quien hojee el *Pasionario*, la *Leyenda dorada*, el *Flos sanctorum* o el *Año santo* se quedará pasmado de ver cuán nutrido es el número de aristócratas que subieron a los altares. La misma fórmula –no podía ser de otra manera– se aplicó a Eulalia, a quien se adjudicó un linaje senatorial, no sabemos con qué base en la realidad; de todas maneras, era muy difícil que el martirio de una plebeya sacudiera de tal modo la conciencia de sus conciudadanos: el santoral del Medievo es muy selectivo socialmente, sobre todo cuando se trata de mujeres.

Hemos llegado al final de nuestro estudio. El análisis de la Pasión nos ha permitido ver cómo la religiosidad visigoda proyectó sobre Santa Eulalia sus propios ideales, moldeando y ajustando su imagen a los anhelos e intereses monásticos. De este proceso la verdad histórica salió reformada y deformada al tiempo. Era el precio a pagar por la perenne revitalización del culto a la niña mártir, que cada época quiso sentir como suya. Así fue como las señas de identidad propias acabaron perdiéndose, diluidas en las diversas identificaciones con la colectividad que impuso al paso de los años la devoción de los fieles emeritenses.